

PREGÓN ORACION A LA VIRGEN DE LA SOLEDAD

Coronación canónica de la bendita imagen.

Pronunciado por Luis Felipe Delgado de Castro
el sábado 9 de septiembre de 2023
en la plaza de la catedral de Zamora.

Este no será un pregón al uso, tal y como se entiende. Hoy, aquí y ahora, ante este acto solo cabe ponerse ante esta Madre y rezarla. Todos me conocéis. Por ello no es necesaria una presentación al uso. Porque lo que voy a hacer es rezar una oración ante ELLA y hacerlo además en vuestro nombre. Hoy, aquí y ahora, ante este acto solo cabe ponerse ante esta Madre y rezarla.

Soy uno más de los miles y miles de zamoranos que se han sumado a su devoción de generación en generación desde su llegada a la Iglesia de Zamora, allá en 1886, cuando fue tallada por don Ramón Álvarez. Decían de don Ramón que era un imaginero de andar por casa. Los años, ya casi dos siglos, le han situado en el lugar de honor que se merece. Ya solo merece el mayor de los reconocimientos artísticos por esta Madre que nos dio entonces y sigue tan viva hoy. Don Ramón fue y es un puntal decisivo en la consolidación de nuestra Semana Santa como una de las más conocidas y valoradas. Zamora todavía está en deuda con él.

Así que para celebrar este acontecimiento de su coronación canónica, he querido escribir y rezar una oración, compuesta con versos, nacidos desde el amor, no lo dudéis.

*Ahí está, ahí la tenéis.
María, llena de Gracia,
Una sencilla mujer,
María de Nazaret
que fue por Dios elegida
para una misión crucial,
ser la madre de su Hijo
y por ello protegida
de la culpa y concebida
sin pecado original.
Que engendró a Jesús y fue
madre y virgen a la vez.
Y esta indivisa verdad
la afirmamos en el credo,
nuestra confesión de fe.*

*María en las Escrituras,
hija de Joaquín y Ana,
la mejor intercesora,
divina corredentora
por obra y gracia de Dios,
y vecina de Zamora.
Voy a hablar con ELLA ahora:*

Escúchame, Madre, escucha,
aunque tengas la mirada
dulcemente embelesada
en esa parva de flores
que, empapadas de fervores,
vienen a adornar tus pies.
Pareces ensimismada,
en honda meditación,
concentrada en tu dolor,
pero sé que tú me oyes
y aún en tu recogimiento,
con todo mi sentimiento
vengo a rezarte, aquí estoy.
¿Quieres, ahora, Madre buena
en medio de tanta pena,
escuchar esta oración?

De Nazaret a Belén,
por un camino de espinas
que convertías en rosas,
niña y mujer a la vez
en un instante, Gabriel
te presentó el Plan de Dios
y complacida, dijiste:
*"Soy la Esclava del Señor
Hágase en mí su Palabra"*.
Y allí mismo se inició
la maravillosa historia
que te ascendió hasta la Gloria,
Madre de la Humanidad.
Y ante tu prima Isabel,
cuando feliz vas a verla,
y ella intuye, iluminada,
el milagro que en tu vientre
Dios hace con su poder,
pronunciarás el Magníficat,
la alabanza al Creador
que te eligió para ser
la Madre del Salvador.
Y así, tú misma dirás
en tan hermosa proclama,
que eres bienaventurada
entre sus generaciones,
las que fueron, las que son,
y las que están por llegar.
Y así ha sido desde entonces
y así por siempre será.

Es realmente emocionante
tu primera mediación
que nos cuenta el evangelio
con inefable candor.

Fue en las bodas de Caná,
los dos fuisteis invitados,
felices de compartir
con los novios su alegría,
en la buena compañía
de las gentes de la aldea.

Y pronto cuenta te diste,
"No tienen vino", dijiste,
y Él, en un primer momento,
afable, te respondió:

*"¿Y a ti y a mí, qué nos va?
Aún no ha llegado mi hora"*.

Tu insistencia consiguió
que Él finalmente accediera
y al verle, así de tal suerte,
tan dispuesto a complacerte,
advertiste a los criados
"Haced lo que El os diga".

Eso hicieron enseguida.

Y en aquellos grandes cántaros
colmados hasta los bordes,
el agua se fue a tornar
en un delicioso vino
y salvaste del desaire
tan grata festividad.

Tan cerca estabas del Hijo
y tanto que te quería,
que satisfizo, María,
tu primera mediación,
y nos abriste el camino
de saber llegar a Él
sirviéndonos de tu amor.

A lo largo de la historia,
tu historia y la de la iglesia,
surgieron por todo el mundo
otras muchas mediaciones.

Y en respuesta natural
de gratitud y de amor,
multitud de devociones
llenan los altares hoy,
todos ellos testimonios
extendidos por los siglos,
de tu excelsa protección.

De Nazaret al Calvario
tu vida ha sido un rosario
de abnegación y obediencia,
de protección y paciencia,
de humildad y sacrificio,
de dignidad y servicio
a la Palabra de Dios.

Sumisa en la Anunciación.

Madre de carne en Belén,
por Caná o Jerusalén,
por Galilea o Samaria,
fortalecías su vida

con tu cercana presencia,
tu maternal inocencia,
sin aparecer apenas,
escondida entre el gentío,
sola entre la multitud
que le seguía arrobada,
atraída por su virtud.

Tus silencios eran voces
de puro evangelio vivo,
fuiste su aliento y ventura
mientras Él, con su Palabra
explicaba la Escritura,
cambiaba el mal por el bien,
bendecía con milagros
a quienes con mucha fe,
buscaban su curación
porque creían en Él.

Ciegos, mancos, poseídos,
leprosos, sordos, tullidos,
encontraron el camino
de su nueva redención.

Y hasta se rindió la muerte
al poder de su Palabra
cejando en su posesión.

Mientras, Tú, Madre, callada,
empezabas a sentir
cómo era la soledad.

Ya conocíais los dos
que en una inminente Pascua,
Él iba a entregar su vida,
enviado por el Padre
para nuestra salvación.

Bien sabías, Madre, entonces,
que pasarías a ser,
de Nazaret al Calvario,
una madre atormentada
sola, con su fe, de pie,

junto a una cruz lacerada,
una afligida mujer,
una madre abandonada,
tan solo una madre más,
tan solo la Soledad!
Que al morir Él en la cruz,
la injusticia y la locura
hundirían siete espadas
hasta sus empuñaduras
en tu mismo corazón.
Y con esas siete heridas
que ocultas bajo tu manto,
tejido de luto santo,
llegaste a esta tierra un día
y fue tanta la emoción
al contemplarte, María,
tan triste pero tan guapa,
que, desde entonces, al verte
rezarte un *Ave María*
tiene todo su sentido
de amorosa pleitesía.
Más que oración, es un beso
que te damos cada día.

Y muchos años después,
cuando ya se deshicieron
los huesos y los recuerdos
entre las aspas del tiempo,
y se borraron los nombres
de algunas generaciones,
sigues siendo aquí en Zamora,
la predilecta, Señora,
de todas las devociones
brotadas de la Pasión,
desde entonces hasta ahora.
Eres la mejor herencia
que pudimos recibir
de nuestros antepasados,
tener una Madre así!

Largo camino ha tenido
tu devoción hasta hoy.
De Nazaret a Belén,
de Belén hasta el calvario,
del calvario hasta el sepulcro,
y del sepulcro a un altar.
Y en ese altar, una madre,
Tú, sola, Madre, y tu paz.
Te has ganado su fervor
te han entregado su fe.

Dueña eres de su piedad.
Reinas en su corazón.
Virgen de la Soledad.
Aunque todos te llamamos
por un nombre más cercano
más nuestro, mas familiar,
La Soledad, solamente.
La Soledad, nada más.

*Antes de ser Soledad,
en el último misterio
de ese rosario de amor
que rezamos en Zamora
esos días de Pasión,
la vemos y veneramos
en otros muchos momentos
que, con todo sentimiento,
crearon las cofradías
a lo largo de los tiempos.
Entre lutos y tristezas,
mucho amor, poca riqueza,
comenzaron con tesón
a rendirla pleitesía,
a sembrar su devoción,
y sin otra pretensión
que la imagen de María
formara parte esencial
de estos días de Pasión.
A fe que lo consiguieron.
Y a su nombre de María
le añadieron estos otros
de una devota expresión,
Amargura y Esperanza,
Dolorosa y de los Clavos,
Nuestra Madre y del Encuentro.
Voy a unir en unos versos
esas benditas imágenes
a ésta de su Soledad,
y sigo hablando con Ella
que hablar con Ella es rezar.*

El lunes santo en la noche,
habéis quedado los dos
a las puertas de san Lázaro,
para deciros adiós,
y os miráis con tanto amor
que esa vuestra despedida
se ha fundido, enternecida,
en un solo corazón.

¡Cómo tienes que sufrir
al despedirte del Hijo,
sabiendo que va a morir!

Después eres, ya en camino,
santa y paciente Amargura
al ver a tu Hijo vencido,
hasta tres veces caído,
derribada su figura.

Y por la calle del Riego
subes en la mano un ruego
con el que pasas diciéndonos:
aprended a levantaos
y a seguir con vuestra cruz
con la misma gallardía
con que camina Jesús.

Y nos sigues recordando,
con tu mirada hacia el cielo
que aunque alguna vez dudemos,
"la muerte no es el final".

No puede ser el final,
porque si creemos en Él
recordaremos con fe
su rotunda afirmación
*"Yo soy la Resurrección
y la Vida"*. Y es verdad.
Tras la muerte, estoy seguro
que Él nos estará esperando
en el Reino de la Luz
Dueño de la Eternidad,
y allí, esperándonos también,
a su lado, estarás Tú.

Martes Santo, tu esperanza
camina cerca del río
donde se van los olvidos,
por donde marcha el adiós,
tantas veces, tantas cruces
sin encontrarle sentido,
sin hallar una razón.

Cruzas el puente de piedra
en noche de luna y frío,
con tus brazos extendidos,
casi ya sin esperanza
de dar alcance a tu Hijo.
Pero Él, antes de seguir
el camino hacia su barrio,
te espera para decirte
un adiós envuelto en pena,
en la triple reverencia,

que, vestida de inocencia,
decora la luna llena.

Y tras esa tierna escena,
tú te vas hasta los brazos
de las Dominicas Dueñas
que en Cabañales te esperan.
¿Dónde mejor vas a estar?
Y tu Hijo, el Nazareno,
proseguirá su camino,
herido, dócil, sereno,
hasta volver a su barrio
de San Frontis, a su templo,
del que ha faltado unos días
y ya le echaban de menos.

Jueves Santo, de mañana
regresas a la ciudad,
y aunque el sol haya apagado
las estrellas de la noche,
las tuyas, Madre querida,
hechas de flor de azahar,
siguen brillando en tu manto
y visten de luz tu llanto
mientras vuelves a tu altar.

Ya cerca del mediodía
te daremos con la salve
un beso de despedida.
Bien sabemos que la vida,
sin tu bendita esperanza,
es un campo sin labranza,
sin tiempo de sementera,
en el que no crecerá
la esperanza verdadera
que esa mañana nos traes,
a puñados, a tu vera.
Y sin esa tu Esperanza
que nos ofreces, María,
la nuestra, desfalleciente,
poco a poco, lentamente,
moriría cualquier día.

Por la tarde, Dolorosa.
Otro nombre iluminado.
Aunque no lo hayan contado
los sagrados evangelios
en crónica minuciosa,
bien cerca que Tú estarías
de Él, en esos lugares

de la vía dolorosa,
del cenáculo a la cruz,
como haces ahora, Señora,
sobre la piel de Zamora,
por sus ancestrales rúas,
hoy carcomidas de vida,
entre morados vestigios
de antañona cofradía.

En el cenáculo vives
la primera eucaristía,
pan y vino, carne y sangre.

Él se queda con nosotros
hasta el final de los siglos.

Después en Getsemaní
lo ves rezar en el huerto
con pesares de agonía,
sintiendo su alma vacía,
abandonado del Padre,
allí hincado de rodillas.

Y sientes en tus mejillas
el negro beso de Judas.

Y el brío de los azotes
de los malditos sayones,
calvitos feos, bufones,
y la corona de espinas
que, como burla, le ponen
con una feroz inquina.

Pasa delante de ti
Pilato entre tantas dudas,
mientras un niño le ayuda,
sosteniendo la jofaina,
a limpiar su cobardía
tras una inicua sentencia
que esconde su felonía.

Por la estrechez de las rúas
vas y vienes tras de Él,
y la tarde se hace noche
esperando que paséis.

Él con su pequeña cruz,
Tú con tu infinita pena,
El con su faz lastimosa,
en trágico contraluz.

Tú, la madre más hermosa,
y más buena, Dolorosa,
Reina de la Vera Cruz.

Viernes Santo. Madrugada.
A la puerta de tu casa
el evangelio repasa

las principales escenas
que presientes anhelante
cuando Él carga con la cruz
y sale noche adelante,
ya camino del Calvario,
como pregona el merlú.

La Caída, el puñetazo
y el empellón sin tus brazos,
imposibles de estrecharlo.
Un chavalín, con los clavos
y un forzoso cirineo
que le está echando una mano.

Vas con Juan y las Marías,
y la infeliz compañía
de las mujeres amadas.

Y Verónica, valiente,
da un paso al frente y enjuga
su rostro lleno de sangre
que apenas le deja verte,
en su camino a la muerte.

Y tienes que padecer
la hiel de su desnudez.
Oyes los crudos martillos
que golpean a los clavos,
rasgando como cuchillos
la carne del Hijo amado,
y lo elevan a la altura
de una madrugada oscura,
allá junto a las tres cruces.

Y luego, el amanecer,
como un congregante más,
te alumbra en la Reverencia,
un gesto de penitencia
nacido de la piedad.

Allí sufres su agonía
y su muerte, de verdad,
y más que nunca te sientes,
en medio de tanta gente,
Sola, Madre, Soledad.

Y ya junto al mediodía,
a la puerta de tu casa,
levantaremos las cruces
de la vieja cofradía
para rezarte con ellas
un *Dios te salve María*
y decirte hasta mañana,
cuando volvamos de nuevo
para hacerte compañía.

Y por la tarde, ya es hora
del entierro de tu Hijo,
de desenclavar su cuerpo
y hacerlo por caridad,
y descendido, ponerlo
en tu seno maternal.

Con tu mano en su cabeza,
con suma delicadeza
se enreda uno de tus dedos
en sus revueltos cabellos,
en una hermosa caricia
antes de decirle adiós,
con la que un chaval inicia
su vocación de escultor.

Ese gesto maternal
fue el principio del camino
que Benlliure transitó
hacia la inmortalidad.

Sigues, Madre, paso a paso
tan dolorosos momentos.
Presides la Conducción
y luego, sin dilación,
el Retorno del sepulcro.

¿Me permites un segundo?
Ese paso lo guió
esa tarde, muchos años,
un zamorano cabal,
un hombre de corazón,
que vivió, día por día,
toda su vida, entregado
a esta santa tradición.
¡Anda que no te quería!
¡Y tú, bien que lo sabías!

Y te sigo recordando
en esa tarde de nuevo,
Señora del Viernes Santo,
entre flores y entre cirios.
¡Qué largo se hace el regreso
tras darle el último beso!
Tu sitio está bajo palio,
Virgen Niña de los Clavos,
mientras muestras en tus manos,
entre dolientes lamentos,
los horrendos instrumentos
del martirio de tu Hijo.
¡Virgen Niña de los Clavos!

después de verte esa tarde
con el perdón en tus labios,
sabemos que lo tendremos
cuando te lo demandemos,
bajo el cielo de tu palio.

La noche no puede irse
sin coger de la cintura
a la luna adormecida,
luna llena de Nisán,
de una trágica hermosura,
para que alumbre esta escena:
la Madre, rota de pena,
en amarga desventura,
tiene al Hijo en su regazo
dándole su último abrazo
antes de la sepultura.

Es la soberana estampa
del amor más absoluto
que, cimentado en el luto,
en el dolor y la muerte,
ha cobrado su tributo.

Tú, desolada, Él, inerte,
los dos juntos de tal suerte
que nos habéis ofrecido
la escena más amorosa,
y más triste y dolorosa
que vivimos esa noche,
cerrando este infausto día
con tan conmovedor broche.

Desde que viniste, eres
por siempre ya Nuestra Madre.
¡Y qué nombre más precioso,
más exacto y verdadero!
¿Para qué más? Así, solo,
Nuestra Madre, sobra y basta,
¡si así lo decimos todo!

Tras de su Muerte y entierro,
el sábado, desvelado,
va con las manos vacías,
vestido de la atonía
de un día gris, embozado
de incontables despedidas,
por una enorme sangría,
que, tras cerrarse estos días,
deja otra vez a Zamora
maltratada, envejecida,
sumergida en la zozobra
de un vacilante futuro.

¡Qué te voy a contar yo,
si Tú lo sabes de sobra!

Sábado de soledades,
de distancias y piedades
hasta que entre tanto luto
al recodo de la tarde
caída ya, regresas Tú.
Y aunque el cielo esté apagado
en intangible quietud,
¡La noche ya tiene un sol
y la esperanza una luz!

Y en un instante el domingo
abre su Resurrección.
Ya con las primeras luces
Tu Hijo sale de la Horta,
ya no hay lágrimas ni cruces,
resucitó como dijo.
Y Tú sales a su encuentro,
subes la cuesta anhelante,
intuyes que en un instante
verás al Hijo en la Plaza,
donde el sol es una hogaza
de pan colgada del cielo
iluminando el momento
de ese emocionante beso
de luz que os da el mediodía
cuando los dos, frente a frente,
con tres venias inocentes,
nos devolvéis la alegría.

Luego, ya juntos, felices,
bajaréis por Balborraz,
entre varas florecidas,
dulzainas y tamboriles,
que descienden con vosotros,
celebrando todos juntos
esta gran fiesta pascual.
Ya no hay nada más que hablar
solo recordar el dicho
de corte tan popular,
"aquí paz y después gloria",
se consumó la victoria
del Hijo sobre la muerte
y los dos juntos estáis.

Aunque muy cerca, ahí al lado
de donde lo has encontrado
resucitado, glorioso,

en un templo consagrado
por la devoción y el arte,
sigues sola, Madre, en pie.
Y no es un contrasentido
verte feliz por la Horta
y a la vez allí, enlutada,
una madre resignada,
con una pena tan honda
entrelazada en sus manos
o ascendida hasta sus lágrimas.

Eres la misma mujer,
la madre que viste el luto
de una sutil sencillez,
o las regias vestiduras
que realzan tu hermosura
y remarcan tu esbeltez.

Eres la misma mujer,
en tu casa de San Juan,
con tu dolor recogido,
que la que va en romería,
muy pocos días después,
bendiciendo la alegría
de tan devoto tropel.

Precisamente de este tropel de alegrías quiero hablar con Ella ahora. Nuestro pueblo siente por MARÍA una gran devoción y la llama por otros nombres, otras advocaciones que han gozado siempre de una gran veneración popular. Con Ella pasamos del luto a la alegría, de la tristeza y del dolor al júbilo y a la diversión. Y así vuelvo a rezarla:

En los días de la Pascua,
allá por Pentecostés,
eres Concha peregrina
que, embelesada, camina
llevando al Niño a tus pies,
hasta la aldea vecina.
Y a ti, ¿qué te va a importar
andar de acá para allá,
desde Zamora a la Hiniesta,
y vuelta a casa otra vez,
si llevas al Niño atado
con una dulce cadena
y no se puede perder?

Vas de visita a tus primas.
Bien temprano, de mañana,
a la del Yermo en San Lázaro
y luego a la de la Hiniesta,
para completar la fiesta
mariana por excelencia.

Prosigue la romería
dando vueltas por el día,
entre flores y dulzainas,
versos y risas de niños,
saludo de los pendones,
con tan original ritmo,
la solemne eucaristía
y tras Ella, las tortillas,
con la estupenda sangría
con pimientos y rosquillas,
en la mejor compañía,
la del sol del mediodía.
Ya por la tarde, al regreso,
entre bailes y canciones,
te darán un nuevo beso
testimonio de su fe,
el rosario en Valderrey.
Tras atravesar Valorio,
entrarás en los Remedios
cerca del anochecer,
a saludar a la prima
que aún te quedaba por ver.
Y enseguida, tras la salve,
vuelves a San Antolín
cuando el sol ya se ha escondido
y el día llega a su fin.

Y tan solo, al día siguiente,
es fiesta grande en San Lázaro.
En ese querido barrio
los sanlazarinos tienen,
desde hace ya ni se sabe,
a una vecina de madre,
ahí mismo, en su santa casa,
"pa" lo que gusten mandar,
y, sobre todo, pedir.
¡Virgen del Yermo, ¿a qué sí?!
Y Tú siempre oyes sus ruegos
que te cuentan entre salves
y escuchas sus peticiones,
sus muchas preocupaciones,
sus deseos, sus afanes,
y sus buenas intenciones
y repartes con el Hijo
que sostienes en tus brazos,
sus sencillas oraciones.

El primer día de mayo,
el mes a Ti consagrado
por el amor y la fe,

vestido de primavera,
con sus flores a tus pies,
los barrios del otro lado
de la ciudad, te veneran
y con toda sencillez
te llevan hasta la vera
del viejo y cansado río,
donde tuviste tu hogar
antaño en una atalaya,
derruida al coincidir
ignorancia y necedad.
Virgen de la Guía, fuiste
puerta de entrada y salida
por el románico puente,
que cose con devoción
a toda esa buena gente
que, aquí o allá, no te olvida.
¡Virgen de la Guía, Madre,
ayúdanos a cruzar
el puente de nuestra vida!

En esos días floridos
que nos trae la primavera,
en una iglesia, primera
gloria excelsa del románico,
en el templo de la Horta,
puesto a tu nombre, Señora,
reinas en los Barrios Bajos.
¡Qué niño más guapo llevas
sentadito en tu regazo!
Te llama una multitud
de vecinos que te adora,
la Virgen de la Salud,
y son tantas las razones
de haberte puesto ese nombre:
ha sido la gratitud,
a lo largo de los tiempos
la más hermosa virtud
de las gentes de estos barrios
que miran emocionadas
la inmensidad de tu luz.

Y en el corazón de julio,
dos iglesias, dos amores,
y una sola devoción,
Carmen de San Isidoro
y del Carmen del Camino,
la de dentro y la de afuera,
como siempre conocimos.
Días de bochorno agudo,

de solemnes novenarios
y nobles escapularios,
avemarías de tela
de marrón carmelitano,
un ofrecimiento humano
con raíz sacramental.
Patrona eres de los mares
protectora de sus gentes,
marinos y pescadores
que confían en tus manos
pescas, afanes, sudores,
los sufridos sinsabores
de estar tan lejos de casa
sin fecha que regresar
y tantas veces expuestos,
a merced del temporal.
Aunque sin mar, en Zamora,
tu devoción se hizo un sitio
privilegiado, Señora,
y desde tiempos lejanos
nos llegamos a tu altar
en los dos templos hermanos
en los que tan guapa estás.
Y otra vez todos mirándote,
y otra vez todos rogándote
tu protección maternal.

Y el día quince de agosto,
de perfil calenturiento
en el seno del estío,
nos dejas en un convento
tu Asunción, tu dulce Tránsito,
en cuerpo y alma a los cielos,
ensamblando muerte y vida
en un único momento.
Una preciosa leyenda
dice que fueron dos ángeles
los que tallaron tu sueño,
fueran ángeles o no,
o hábiles imagineros,
pusieron todo su empeño
en que el final de tu vuelo
fuera el principio del cielo.
Y es que, Madre, ¡eres un cielo!
Aunque pareces dormida
en tu camarín alzado,
Madre, te siento muy viva
cuando te miro extasiado,
y aunque tus ojos cerrados
parece que están sin vida

y sellados a la luz,
sé que Tú me estás mirando
y que me estás ayudando
a llevar con fe mi cruz.

Y ayer, ocho de septiembre
fiesta de tu nacimiento,
tu amor borró la distancia
de la cima de los cielos
de la hermana Salamanca,
desde la Peña de Francia
y su hermoso santuario,
para venir a querernos
a una recoleta ermita
que un capitán erigió,
tras recuperar la vista
gracias a tu intercesión.
Está a la orilla del Duero,
un humilde relicario
de raíces dominicas,
levantado con las cuentas
y misterios del rosario,
con las paredes de amor
y con un tesoro dentro
muy grande, tu corazón.

Y coronas los retablos
de las pequeñas ermitas,
humildes donde las haya
o está tu imagen bendita
en las admirables sargas
de señeros monasterios,
o en sus radiantes vidrieras,
y veneran tus misterios
basílicas, colegiadas,
en pórticos y portadas
poemas de piedra labrada,
y como reina presides
oratorios, hornacinas,
y está tu imagen divina
en los claustros y capillas
de tantos otros altares,
verdaderas maravillas,
imágenes populares
hoy en día tan queridas,
de afamados escultores,
con brillantes acabados,
o de anónimos autores,
que, con trazos artesanos
de humilde composición,

te alzaron hasta la cumbre
de una inmensa devoción.

Tú, Madre, la Soledad,
tienes ya tu propia casa,
aquí en Zamora, Señora,
hace mucho más de un siglo,
y es tu casa de San Juan.
En ella estás esperándonos,
cualquier día a cualquier hora,
porque sabes que a ti iremos
cuando lo necesitemos
al ser nuestra Intercesora.
Cuando la salud se tuerce,
y naufraga la alegría,
cuando el futuro chirría,
y nos cerca la ansiedad,
y perdemos la esperanza,
y el dolor nos desafía,
mordiéndonos sin piedad,
a Ti, Madre recurrimos,
bien sabemos dónde estás,
rodeada de plegarias,
en tu casa de San Juan.

Y ahora deseo evocar todas las vivencias que cada uno de nosotros ha ido sintiendo a su lado, o lejos de su regazo, a lo largo de la vida, en la infancia, la juventud, la madurez... la vida en suma. ¡Cuántos recuerdos! Voy a contárselos a Ella una vez más.

*La infancia pasó deprisa,
hecha de cuentos y risas,
de pizarrines y letras,
de sueños en el cabás,
de cromos y de plumillas,
recreos con mantequilla,
de peones y canicas,
inocentes aventuras.
coscorrones, travesuras,
Los buenos de mis maestros,
Don Arturo y don Ignacio
ya me decían a veces
que parecía estar hecho
de rabos de lagartijas.
Y eso que de vez en cuando
me apretaban las clavijas.
Pantalones desgarrados
en alguna "resbalina",*

*cordones desabrochados,
y zapatos destrozados
aunque fuesen de Gorila
con pelota de regalo.*

*La fascinación del cine
en aquellas dos sesiones,
matinales o infantiles.
entradas a perra gorda
y muy gorda, ¡sí, señor!
"Marcelino, Pan y Vino"
o "El pequeño ruiseñor".*

*Infancia de catecismos
del patriarcal Padre Astete,
de pecados veniales,
que los pecados mortales
aún nos quedaban muy lejos.*

*Infancia aquella teñida
de imponentes responsorios,
de graves ritos mortuorios,
"dies irae, dies illa",
Días de ira y de cenizas
en túmulos funerarios
y latines rutinarios,
cantados por sacristanes
con la mejor voluntad.*

*Y aquella Jaculatoria
"no me dejes, Madre mía"
que aún vive en nuestra memoria.*

*Y al llegar los días santos,
primero La Borriquita
y aquella lánguida palma
que llevaba en cuerpo y alma
desgastando y agotando
la paciencia de papá.*

*Y al rato, poco después
a la cuesta del Piñedo
que subía el Nazareno
con su cruz, a San Andrés.*

*Y el miércoles, en el claustro,
me vencía la emoción
al ver cómo me vestían
unas manos de mujer
con tan devota ilusión.*

*Y así fue toda mi infancia
perdida hoy sin remisión,
a una lejana distancia
que solo acorta el amor.*

*Teniendo a la madre al lado,
aquellos años quedaron
envueltos en la alegría
de saberme entre sus brazos
sin tiempos y sin medidas.
Hoy ya son solo pedazos
de una parte de mi vida,
que ahora pongo en su regazo.*

Madre, Tú lo sabes bien,
con todos esos recuerdos
se dibujó mi niñez.
Y en ella quedó grabada
con amor de oro de ley
la presencia de la madre,
su ternura y sencillez.
Ahora, al recordarla, siento
que lo mejor de la vida
se me quedó en el ayer.

Con la madre, de su mano
pisé y pisé muy feliz
los caminos que, a su lado,
siempre acababan en ti.
Era imposible perderme,
me llevaba entre sus brazos,
hasta tu mismo regazo
y en él, radiante, me vi.

Cuando me hablaba y me hablaba
de ti, Madre, maravillas
me ponía de puntillas,
embelesado, escuchándola
y con mi lengua de trapo
no decía más que guapa,
pero las dos me entendíais,
que así a las dos os llamaba.

De aquella infancia dorada
sólo permaneces Tú,
porque lo que más quería
lo dejé en el camposanto,
y está en una sepultura
con tu retrato en su
con tu retrato en su cruz.

*Y llegó la juventud
que todos hemos vivido
con total intensidad,*

*con altanera actitud,
y a veces, temeridad.
Insensatez, gallardía,
un poco de chulería
y un mucho de vanidad,
lo que es tener fantasías
y querer comerse el mundo
con suma facilidad.*

*La juventud deja un poso
imborrable de vivencias,
y casi sin darte cuenta,
dejas atrás la inocencia,
pasas por la adolescencia
y te crees, con jactancia,
ser ya un hombre hecho y derecho.*

*Estas memorias de entonces
son tan vuestras como mías,
todos las hemos vivido
con diferente sentido,
entre penas y alegrías,
en el fondo son las mismas,
iguales en su raíz.
Por eso y en vuestro nombre,
vuelvo a contárselo así:*

En aquel tiempo feliz
mi amor por ti se vistió
de madrugadas de Thalberg,
de reverencias y cruces,
de atardeceres de salves
repujados de hermosura,
de luto en las vestiduras,
de pasos y letanías,
entre velas y rosarios
y tambores de agonía,
de campanas que a la muerte
honraban día tras día.
Eran los días del gozo
revestidos de sonidos
de cornetas y tambores,
de cuadros ennoblecidos
por cruces, cirios, faroles,
por monumentos de flores
en que acoger al Santísimo.

Aquella era una Pasión
hecha de barro y de carne,
de sangres y sacrificios,

de penitencias y arte,
de rituales quinaros,
y humeantes incensarios,
un cuadro hecho de misterios,
de triduos y de calvarios,
de promesas y sagrarios,
pero contigo, ante todo,
era una Pasión colmada
de salves y avemarías
que, puestas entre tus manos,
en ellas resplandecían.

Y por la vida pasaba
en esas santas jornadas,
la penitencia ataviada
de túnica de estameña
y con rojo caperuz.
Y la ciudad en silencio,
mientras se apagaba el día,
rezaba a tu Hijo en la cruz,
acogiendo su agonía,
que aún quedaba entre sus ojos
un débil surco de luz.

Cuando en una madrugada,
Soledad, ibas llorando
y el primer rayo de sol
al verte, te iba besando,
los muertos y vivos, todos
de la fiel Congregación,
te decían y rezaban
con una idéntica voz,
la del turbador merlú:
*"María, ¡bendita tú eres
entre todas las mujeres
y bendito sea el fruto
de tu vientre, amén, Jesús!"*

Y esa plegaria rezamos,
cuando nos llama el merlú,
todos juntos, tantos años,
en señal de gratitud,
los que oímos su llamada
a esta orilla de la vida
y los que, estando en la otra,
caminan junto a nosotros
a tu lado, esa mañana,
hermanos y zamoranos
a los que nunca olvidamos,
con su túnica y su cruz
ya convertidas en luz.

Y eso haremos para siempre,
aquí abajo o allá arriba,
donde nos deje la vida,
al escuchar el merlú,
sabiendo que con su voz
nos estás llamando Tú.

*Pasó muy deprisa el tiempo.
Y hasta muchos de vosotros,
los que habéis sobrepasado
el fielato de la edad,
habréis vivido momentos
que en la vida os han marcado
con dura severidad.
Todos los hemos sufrido,
unos menos y otros más.
En imparable espiral,
y ya en plena madurez
surgieron aquí y allá
baldías preocupaciones,
y equívocas decisiones,
amores desdibujados,
sin raíces, agostados,
ruines murmuraciones,
tantos sueños malogrados,
inesperadas traiciones
"si te he visto, no me acuerdo",
y con muy buenas palabras
las peores intenciones.
Se hizo añicos la amistad,
presa de un triste egoísmo,
se retorció la verdad
con un burlesco cinismo,
se cambió la lealtad
por un ruin servilismo,
y se cubrió la piedad
de una falsa caridad.
y todas esas virtudes,
la amistad y la verdad,
la lealtad, la piedad,
se han secado, arruinadas
por la cizaña del mal
o se han quedado diezmadas
y no han podido granar.*

*Nos han cercado también
las crueles despedidas
y las muertes tan sentidas
por ser de la misma sangre,
que punzaron nuestro ser.*

*Cuánto costó despedirse
de los seres más queridos,
de la vida desprendidos
por el reloj de la edad,
o funestamente heridos
por la penetrante espada,
traicionera, anticipada,
de una grave enfermedad.*

*Y en esos duros momentos,
volvimos a recordarla,
a querer acompañarla,
a imitar su soledad,
a juntar así las manos,
en un gesto tan humano,
tan sencillo y natural
y ponernos a rezar,
como así nos enseñaron
nuestros padres años ha.
Y eso le voy a contar.*

Con tu ausencia y mi extravío,
con el olvido, o tal vez
con un torpe desvarío
me perdí en la madurez.
No sabía dónde estaba
ni lo que hacía o sentía,
sin ti, Madre, se apagaba
el faro que iluminaba
el regreso de mi vida
hasta el puerto de tu hogar.
Y Tú, mientras, indulgente,
me esperabas impaciente,
como esperan a los hijos
tantas madres, tantas noches,
desveladas, intranquilas,
con las luces encendidas,
preocupadas de verdad.
Y así pensaba que estabas,
afligida en el altar
esperando mi regreso,
en tu casa de San Juan.
Y yo, pasando de ti
y Tú, queriéndome aún más.

Traigo un manojo de versos
que, como flores sencillas,
pongo a tus pies de rodillas,

dispuestos sobre tu seno,
en tu divina presencia,
escritos con la evidencia
de saberte la primera
de las dos madres que tengo,
primero Tú y luego ella,
la madre que Tú me diste
y Tú, la que ella me dio,
las dos inundáis mi mundo
de gratitud y de amor.
¡Y qué cerca te tenía
aquella buena mujer
y con qué amor te vestía!
Ella me enseñó a quererte,
a rezarte cada día,
me puso bajo tu amparo,
y me dijo tantas veces
que cuando ya no estuviese
y la muerte la venciese,
viniera a tu altar a verla,
que siempre la encontraría,
a cualquier hora del día,
contigo, Madre bendita
otra vez viva a tu lado.
Y esa sensación me invade
cuando te voy a rezar
porque os siento a las dos juntas,
en tu casa de San Juan.

De la imagen de la Virgen, desde el primer momento que llegó conmovió la posición de sus manos. Manos desprendidas, sobre el seno, en un maravilloso gesto de resignación. Impresionantemente sencillo. Estas manos enlazadas han sido cantadas por muchísimos poetas a lo largo de la historia. Yo destacaría entre tantos versos, los del padre Victoriano Rivas, el magistral Saturnino Delgado Herrera, el inolvidable, querido y admirado Jesús Hilarario Tundidor, Jesús Francisco Hernández Pascual, sabio de las Bellas Artes, o el poeta y maestro José María Martín Arias, que sigue entre nosotros.

En vuestro nombre vuelvo a hablar con Ella, ahora de sus manos.

¿Y qué decir de esas manos?
Son los versos más hermosos
que escribió el imaginero
cuando, después de tallarte
con tanto amor como esmero,
las unió en íntimo rezo.
Bordó la paz en tus dedos,
añadió luego humildad,
y para unir las del todo,
selló bondad con piedad.

En ellas dejó grabada
una última caricia
que se quedó entre sus dedos
al no poder encontrar
el destino que buscaban
y que ya enterrado está.

Tus manos, esas tus manos,
florece en tu figura,
son un himno a la hermosura
del gesto más natural
que tiene una madre rota
ante la muerte del hijo,
de manera tan brutal.

Tus manos, esas tus manos,
monumento a la piedad,
sostienen con entereza
toda la pena del mundo
y en sus dedos, un segundo
es toda una eternidad.

Tus manos, esas tus manos,
aún atadas y cosidas,
por el lazo del rosario,
dibujan tu soledad,
con absoluta verdad
al regreso del calvario.
Caídas pero no vacías,
unidas pero no presas,
vaticinio, profecía
de aquel viejo venerable,
el bueno de Simeón,
que, en un venturoso día,
vio en tu Hijo la salvación,
y a la vez ya te anunció
que una despiadada espada
tu corazón dejaría
sin sangre, partido en dos.
Me imagino que tus manos
aquel día se quedaron
al oír al noble anciano
en esa misma expresión.

Tus manos, esas tus manos
son una canción de paz,
un pentagrama de amor,
flor de la maternidad,
un gesto de madre entera,
una obra de caridad
que don Ramón te talló

convirtiendo la madera
en una hermosa oración.
Son esas manos divinas
el amor, así tal cual,
la definición exacta
de tu nombre, Soledad.

Tus manos, esas tus manos,
llenas de luz y de vida,
completan la maravilla
de una madre tan sencilla
y tan hermosa a la vez,
que no me canso de ver,
ni de ver ni de besar,
cuando te miro y te miro,
mas guapa y sola que nunca
en tu casa de San Juan.

Las lágrimas, ese poema de pocas sílabas pero emocionante de verdad, que escribió don Ramón el rostro de la Madre, invita a la oración y sobre todo, al amor. Y quiero unir esas benditas lágrimas con las lágrimas de las madres que perdieron a sus hijos en una edad temprana y con las de los hijos que se quedaron sin madre tan pronto, siendo niños aún o adolescentes. Creo firmemente que esas ausencias y congojas están reflejadas en las lágrimas de la Virgen. Y a Ella vuelvo a hablarla:

Y tus lágrimas, ¿qué dicen?
Son unas pocas que bajan
por tus divinas mejillas
y son una maravilla,
si no fuera por la pena
que me da el verlas tan solas,
sabiendo que son el fruto
del dolor más absoluto
que una madre ha de sentir
después de perder a un hijo.
Quisiéramos enjugarlas,
recogerlas y besarlas,
pero tememos perderlas
cuando son hermosas perlas
que realzan tu rostro aún más.

Quiero ver en esas lágrimas
las de tantas otras madres
que perdieron a sus hijos
un mal día y todavía,
no comprenden la razón.

Tus lágrimas son sus lágrimas,
son una oración las tuyas

y una desdicha las tuyas.
Las tuyas, mientras resbalan,
hablan de resignación,
las de tantas otras madres,
muchas veces contenidas,
son de amarga incomprensión.

Esas madres se quedaron
sin un rumbo, a la deriva,
sin encontrar la salida
a tanto dolor en vano,
y les arrastró la vida
al naufragio más cruel.

Sus lágrimas, son tus lágrimas,
así lo quiero creer.

Yo te pido que las unas,
que te quedes Tú con ellas,
y fundidas para siempre
como pedazos de estrellas,
permanezcan en tu rostro,
siempre vivas de verdad,
tus lágrimas y sus lágrimas,
en tu rostro virginal.

Y así, al verlas y rezarlas,
ya nunca se olvidarán
que su hijo vive contigo,
que está en tu rostro divino,
en esas benditas lágrimas
que están besando tu cara,
surgidas del manantial
de tu alma, tan pura y clara
que nunca se secarán.

También te quiero traer,
el recuerdo de los hijos
que en una maldita hora,
tantos y tantos, Señora,
se quedaron sin el amor
de sus madres, que murieron
un día de mala entraña
y han sufrido desde entonces,
con encarnizada saña,
un desgarrón en el alma,
que no se puede curar.
¡Qué duro tiene que ser
perder a una madre pronto,
con la vida aún por hacer,
y caer en lo más hondo
de un pozo negro sin fondo,

sin ilusión y sin fe!
Han perdido el horizonte
y han olvidado el futuro,
sin un rumbo que tomar,
y no tienen ni un regazo
ni el amparo de unos brazos
que les puedan albergar.
Al quedarse sin la madre,
su soledad les tortura
y crece su desventura
hasta sentir un puñal
de venenosa amargura
clavado en su voluntad.
Y como antes te pedí
al hablarte de las madres,
que recogieras sus lágrimas
uniéndolas a las tuyas,
recoge, enjuga y bendice
también con el mismo amor,
como Tú sabes hacer,
las lágrimas de esos hijos
para que, junto a las tuyas,
recobren todo el valor
que se merecen tener.
Y espéralas en tu casa,
porque, a falta de una madre
a la que ver y abrazar,
mucho más pronto que tarde,
te irán a ver y rezar
a tu casa de San Juan.

Esta oración, hecha en verso, llega a su final. Pero no quiero acabar sin decirle a esta Madre los piropos y las verdades que le hemos dicho rezando tantas y tantas veces, vosotros y yo, con el pensamiento o en voz alta. Lo que significa para todos nosotros.

En vuestro nombre y en el mío voy a decirla hasta mañana:

Mi oración llega a su fin.
Antes de la despedida,
quiero una vez más decirte
lo mucho que en esta vida
significas para mí.
Y qué orgullo, Madre, siento,
porque te sé, zamorana
de los pies a la cabeza,
el súmmum de la belleza
a pesar de la tristeza
que de tu figura emana.
Con ese negro vestido,

Tú siempre me pareciste,
de luto de cuerpo entero,
una señora de Aliste,
o de Sanabria o Sayago,
o de tantos otros pueblos,
cuando regresa tan triste
de dar sepultura a un hijo
y llorosa, se resiste
a dejar aquel lugar
y de soledad se viste,
de tu misma soledad.

Aún me faltan por decirte
algunas verdades más
que no me puedo callar.
Eres mi luz y mi guía
mi camino y mi alegría,
mi ilusión y mi esperanza,
timón de mi confianza,
razón de ser y vivir.
La estrella que siempre brilla
aún con mi cielo nublado.
El mar que llega a la arena
de mi playa impura y sola
para borrar con tus olas
las huellas de tantas penas.
Eres brújula maestra
que siempre orienta mis pasos
al norte de tu figura.
La estrella que siempre brilla
aún con mi cielo nublado.
Eres faro inextinguible
cuya luz siempre perdura,
la madre que por ventura
nos puso Dios aquí al lado.
Un lirio de luto en pie,
tallado por un milagro.
Mi fulgurante locura
y mi cordura a la vez.

Eres, Madre, la victoria
que persigo cada día,
para que sigas muy viva
en mi gastada memoria.
Eres mi mejor historia,
eres en todo momento
poesía, pensamiento,
principio y fin de mis sueños,
motor de mis sentimientos,
dulzura, pasión, ensueño,

un beso en flor, entrañado,
un paraíso bordado
de infinita primavera,
mi horizonte iluminado
sin límites ni fronteras.

Eres la aurora brillante
que alumbra los nuevos días,
Luna llena, cielo abierto,
una lluvia de ternuras
que empapa mi ánimo yerto,
una hoguera de dulzuras
que se mantiene encendida
con solo mirarte, Madre,
cuando sea, cualquier día.
El Ángelus de escultura,
La salve hecha de hermosura,
una pura sinfonía
de excelsa maternidad,
un verso tan solo, escrito
con una sola palabra
tan exacta, Soledad,
que es toda una poesía
convertida en oración
desde que te hiciese un día
el bueno de don Ramón.
Y aquí puedo recitar
las hermosas letanías
que, añadidas al rosario,
no por tanto repetidas,
han perdido su verdad.
Son súplicas que sellamos
con un "*ruega por nosotros*",
confiados como estamos
en que a tu corazón van.

Siempre de pie, tan serena
en el dolor consumado,
compartido, arracimado
en un manojo de penas.
Ejemplo de madre buena
que aunque se sabe muy sola
tiene grabada la hora
del aleluya inminente,
del Hijo que, ya impaciente,
vendrá otra vez con la aurora.

Mientras la tarde se dobla
y pierde su dimensión,
quiero decirte, Señora,

un piropo enardecido
que sale del corazón.
¡qué guapa eres Madre mía,
Virgen de la Soledad!
¡Guapa, guapa de verdad!
Allá donde yo te vea,
aquí donde tú me miras
aunque parezca que no,
una bendición de Dios
en esta tarde, ahora mismo,
al pie de la catedral,
cortejada por mi voz,
o en ese nido de paz
en el que siempre me esperas,
que es tu casa de San Juan!

Y cuando llegue mi hora
en el reloj de la vida
y se agote mi existencia,
quiero tener tu presencia
junto a mí, en un altar
hecho de salves y besos,
mientras se rinden mis huesos
en el momento final.
Cuando se cierren mis ojos
y ya no sienta mis pulsos
y la muerte me someta
talándome sin piedad,
como un árbol ya sin cielo,
desnudado y sin raíces,
perdida mi voluntad,
quebrantada mi razón,
quiero que en ese momento
mi último pensamiento
apunte a tu corazón.
¡Madre mía, en ese día,
Virgen de la Soledad,
acoge mi alma en tus manos,
para descansar en ellas
por siempre, Madre, contigo,
en tu casa de San Juan!

ASÍ SEA.